

Memorias Fraternas de una generación

Filoteo Samaniego Salazar*

(Leídas en mi recepción en el Grupo América)

Permítanme, ante todo, agradecer a esta noble y tradicional Institución, por hacerme el honor de considerarme digno de ser miembro del Grupo América. Amigo de ustedes fui siempre. y pude apreciar la incansable labor personal que realizan en pro de la cultura ecuatoriana. Los años de existencia de esta casa que es, sin lugar a dudas, ya parte de nuestro prestigio en el mundo intelectual, la han consolidado dentro y fuera del país, tanto por la alta calidad de quienes la componen, como por su labor tesonera, desarrollada en beneficio del Ecuador.

Uno, ahora, mi voluntad de colaborar y participar en ese constante esfuerzo cuando, gracias a su generosidad, podré acompañarles, fortalecido por la gentileza que ustedes me han dispensado.

El presente trabajo, que someto a su consideración, estará más

cerca de aquella “literatura privada”, como Ortega y Gasset denominaba a las cartas y diálogos. Si no he sido cuidadoso en mi correspondencia, en cambio me ha gustado conversar: aunque este método me aleja del recuerdo de las cosas, ya que aparece y desaparece y vuelve a aparecer el tema de la conversación, sin fijar en esa natural computadora, que es la memoria, los hechos que se suceden en nuestra existencia y quedan solamente datos fragmentarios de los mismos. Mas, ya que así se ha organizado la maquinaria de que dispone nuestro cerebro, procuraré recoger algunos momentos dignos de dar a conocer de ustedes.

En esta grata oportunidad, quiero referirme a un tema que merecía mi mayor atención y es el de hablar de aquellos compañeros que se encuentran, por las supremas razones de la edad, en los mismos tiempos y circunstancias: estamos, ellos y yo, dentro de catorce lustros de vida transcurrida, en el lapso de los dos siglos últimos, incluidos en dos mil-

* Embajador de carrera del Servicio Exterior (SP).

nios sucesivos: y en tan significativo espacio de tiempo, hemos constituido una generación capaz de testimoniar los impresionantes sucesos ocurridos en esta nuestra ciudad, en nuestro país, y en nuestro continente, parte de un mundo ya estrecho para tanto acontecer.

A pesar de esta delimitación cósmica, en la que me he metido, y de haber llegado a tan amplio ámbito, creo que hoy, más que nunca, seguimos sintiéndonos atrapados, encerrados en fronteras y sistemas, y queremos escapar de cercas y vallas, y perdernos en las sensaciones de infinitud que nos ofrece el espacio conocido y por conocer.

Nos han tocado, pues, tres cuartos de siglo, para este camino, al que no sé si debo catalogar como fuga, exilio o desvarío y que, en todo caso, ha sido el tiempo asignado a estos septuagenarios ansiosos, en cada etapa, de viajar, perdernos en mares, tierras, noches y climas, tratando de hacer de nuestros itinerarios una ansiosa búsqueda de asombros y sorpresas.

Y como esta actitud es la de cualquiera de ustedes, de cualquier persona, en cualquier lugar, creo necesario identificar a estos amigos del trato, desde las aulas escolares y colegiales, en algo de la vida universitaria y luego, en el resto de nuestro convivir. Pido, en consecuencia, su tolerante paciencia para ceñirme a

hablar de lo que sé y me consta, es decir de mí mismo y de los que han alcanzado una edad como la mía, dentro de parecidos acontecimientos, casi siempre cercanos a nuestro mundo íntimo y pequeño.

Y aquí, algo sobre el lapso de nuestra juventud y el transcurrir del siglo XX, marcado por los hechos guardados en mi memoria, ya no siempre fiel a su función indispensable. Para reducirme al Ecuador, daré por conocida su milenaria historia, y más cercana aquélla, más próxima a nuestras preocupaciones, de los acontecimientos ya vividos y sentidos por nosotros. Anotemos, tan sólo, para caracterizar los años treinta y los posteriores, la permanente inestabilidad de nuestras instituciones: la improductividad en que cayó el país entero luego de la “escoba de la bruja”, arrasadora del cacao, único recurso, con la tagua, la balsa, la toquilla, de nuestra paupérrima economía de exportación: en fin, para explicar el estado cultural del país, señalemos que el analfabetismo fluctuaba entonces en alrededor del 70% de su población.

Sólo en medio siglo XX, pudimos afirmar que ya estábamos inmersos en la vida del planeta, y atribuir, este entrometimiento, a las comunicaciones, transportes y contactos, frutos del progreso tecnológico de la tierra; a la incorporación de sus habitantes al pensamiento universal, a la inme-

diatez total: y hasta al desagradable fenómeno de la globalización. Hasta el primer cuarto de la centuria, no conocíamos ni siquiera el propio país, agravada esta situación por la absurda topografía que no favoreció el trato de los ecuatorianos. Un sistema topográfico que nos divide de norte a sur: que crea tres regiones perfectamente aisladas y que, aún más, sufre de los compartimentos internos, a los que llamamos hoyas, que nos ha obligado a vencer cordilleras altísimas y profundos precipicios: y a soportar alturas excesivas, climas diferentes, variada vegetación, lo que hace de los ecuatorianos una mezcla de personalidades aisladas, casi incompatibles entre sí y privadas de identidad nacional definida. Salir de la meseta encerrada, en que se localizó esta Capital, resultaba un problema de difícil solución: sin caminos, sin horizontes, nuestro panorama estaba reducido a un centenar de kilómetros de vías que, construidas para otros tiempos, ya resultaron intransitables cuando el automóvil se hizo presente. Y eso que ya contábamos con el ferrocarril construido por el Viejo Luchador.

Dimos así nombres a todos los obstáculos que impedían nuestro desarrollo: los llamamos, por ejemplo. “Nariz del Diablo”. “Vueltas de Otón”. “Chanchán”, “Tata-tambo”, a más de los anónimos páramos, lodazales y derrumbos normales, constantes de nuestro suelo. Llegar a Cuenca, Loja, Tul-

cán, Esmeraldas, era como mencionar lugares inaccesibles, tan sólo localizables en los mapas y por las clases de geografía. Del resto de nuestro territorio no podíamos hablar sino por los libros que leímos. Yo, personalmente, sólo llegué a la sabana costeña, a Guayaquil y navegué por los enormes ríos de la cuenca del Guayas, allá, por 1936.

Pude informarme del país gracias a la nutrida, hermosa y bien aprovechada biblioteca de mi padre, quien completaba su trabajo agrícola con una amplia cultura documentada en varios miles de ejemplares maravillosamente encuadrados. De su lectura nació mi constante anhelo de viaje y de evasión y esa decisiva necesidad de amar el país y el mundo, conociéndolos y visitándolos. Llegaron, a mis manos, entre otras, las páginas de Luis A. Martínez sobre la Costa, y vislumbré el Oriente Amazónico gracias al apasionante libro de Eduardo Samaniego, “Mi Visión en la Selva”. El mar debió esperar ocho años para mojarme en sus olas y tentarme con su horizonte: y el continente y el planeta, quedaron en el plan de los sueños.

Este fue el caso, asimismo, de mis amigos y contemporáneos. Con ellos compartimos la historia de nuestra ciudad, cuando ésta no sobrepasaba los doscientos mil habitantes y apenas salía de los límites del hoy llamado Centro Histórico.

Fuimos a la misma escuela por diferentes vías, que nos llevaban a las alturas de la “Calle del Suspiro”. La Olmedo, en donde nos esperaba la figura señera y exigente del Doctor Borja: luego nos tocó, a casi todos, continuar estudios en el colegio San Gabriel: y en fin, iniciamos la vida universitaria, como fundadores de la Universidad Católica, aunque pronto debí interrumpir el círculo de mi primera juventud y escapar, por largo tiempo, a París. Ya, para entonces, habíamos constituido un grupo de entrañable amistad, cuya pretensión fue la de adentrarnos en el ámbito cultural y literario, y realizar mínimas hazañas, como la de la publicación de revistas colegiales: Jorge Salvador, Renán Flores y Carlos Egas, editaron varios números de “En Marcha”, y mi curso no fue capaz de sobrepasar el primer número de “Estilo”, lo que le valió la anecdótica circunstancia de formar parte de la enorme biblioteca de Cotocollao, en una estantería destinada, por el padre Aurelio Espinoza Pólit, a las revistas que no pasaron del número uno.

Entre tanto, ya nos había contagiado el morbo de la literatura y ello nos dio ocasión de reunirnos, a menudo, en el altílo de la casa de Claudio Mena, para vanidosamente leer y comentar nuestros primeros escritos. Allí subieron, a más del dueño de casa, Paco Paredes, Carlos de la Torre, Paco Tobar, Paco

Granizo, César León, Gonzalo Pesantes, Luis Felipe Borja. Optamos por la costumbre de comentar autores nacionales y extranjeros, a más de aquéllos que formaron parte de los programas de estudio, atractivamente presentados por ese profesor pomposo y cultísimo, Jorge Chacón, al que irrespetuosamente llamábamos Cabuzo, y quien nos condujo, con acierto, a Homero, Sófocles, Virgilio: a los clásicos castellanos, y a Dante, Mollière, Shakespeare, Balzac, Dostoiewski, Salgari, Verne, Dumas. En aquel tiempo definimos preferencias y fueron, entre ellas, especialmente gratas las de los poetas de la “generación decapitada”, que conocíamos de memoria: la modernidad todavía romántica de Noboa y Caamaño y de Humberto Fierro y las sorprendentes expresiones de esos niños prodigios, Arturo Borja y Medardo Ángel Silva. Admirábamos la audacia de los poetas contemporáneos. Carrera Andrade, Gonzalo Escudero y Alfredo Gangueta, este último, reducido a los pocos libros en circulación: y en lo tocante al relato, no faltaron Pablo Palacio. Jorge Icaza y el Grupo de Guayaquil, cuya fama fue más allá de nuestras fronteras. Por supuesto, íbamos hacia el resto de América en la poesía de Neruda, Vallejo, Gabriela Mistral, Lugones, Rubén Darío y Amado Nervo. Vinieron, en fin, los poetas universales, Rilke, Hoffmannthal, Poe: y los simbolistas franceses; más cercanos, Alberti, Miguel Her-

nández, los Machado. Jiménez; y en fin, con marcada atracción, leímos a García Lorca.

Fuente casi única de información, a la que acudíamos con frecuencia, fue la Librería Americana, de Don Antonio Lucio Paredes.

Curiosamente, en el grupo, nunca fue común el elogio: nos fustigábamos, nos criticábamos, y optamos por este procedimiento, considerándolo más eficaz que el comentario laudatorio y vanidoso. Ya, desde entonces, Paco Paredes tenía una tendencia obsesiva hacia los estudios filosóficos y el ensayo sociológico, temas de los que nunca se alejó, explayándose, en lecturas de tales materias, con Spengler, Unamuno, Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, Kierkegaard, Heideger y Sastre; aunque se mantuvo extremadamente cauto en dejar por escrito su criterio. Sigo pensando que Paco fue y es un profundo pensador, aunque padeció de timidez en su vida personal.

César León fue adquiriendo su apasionamiento por la música y pronto, descuidó estudios y exámenes, hasta el extremo de echar por la ventana, a los diez y seis años, su futuro de bachiller: compró una guitarra, partió a Madrid y desde entonces, nunca se ha separado de su instrumento, siempre dueño de un impresionante repertorio musical, luego de los cursos seguidos bajo la

dirección de Saiz de la Maza, y ocasionalmente, de Segovia. Alguna vez, el maestro venezolano, Alirio Díaz, me expresó su especial aprecio por la calidad interpretativa de César.

Claudio Mena, desenvuelto y ecléctico, encaminó sus lecturas, con desenfado y libertad, y diversificó sus investigaciones en cualquier novedad que se le presentaba. Acompañó al grupo en todos los momentos y todos los esfuerzos comunes: prefirió los asuntos económicos e investigó sobre ellos: fue profesor de muchas materias: en fin, escribió sobre historia, arte, Derecho, Límites: “Paquisha, toda la verdad” y “El Quito rebelde”, lograron una excelente difusión. Tampoco dejó de lado la poesía y se hizo presente en dos importantes textos: “Voces que volvieron del alba” y “Viaje a la lumbre”. Granizo, con Leonardo Crespo, se iniciaron con poemas notables: los recitaba con voz, pose y ademanes teatrales: “Mirad, son las legiones del músculo potente, las de callosas manos y enaltecida frente”. Su capacidad de versificación se caracterizó por un excepcional sentido musical, perfeccionado, poco a poco, hasta alcanzar un nivel digno de nuestra envidia y nuestro asombro. Tres libros de alta poesía fueron el resultado de este camino literario, seguido en la más pura línea modernista, mediante formas nuevas y audaces. En 1958 pu-

blicó “La Piedra”; en 1969, ‘Nada más el verbo’. Respetó, a veces, ritmo y rima, delatores de su gusto por la poesía de Escudero y por su búsqueda permanente de una calidad formal, correspondiente a un fondo dramático y violento, hasta la blasfemia. Al fin, compuso su “Muerte y casa de la madre”, hermético, repleto de símbolos, tenso y profundo. Un día. Granizo escapó, de todo y de todos, en su línea poética como en la personal. Se internó en sus cavernas y en su mundo y de él, ya no nos llegan sino ocasionalmente sus noticias y su nueva producción.

Paco Tobar subió las gradas del altillo de la casa de Mena: y fue su ascenso incontenible, con mayor altura cada vez: “Amargo”, en 1951: “Segismundo y Zalatiel”, en 1952: “Smara”, en 1954: “Naufragio”, en 1961 y “Canon perpetuo”, en 1969, son algunas de sus principales obras. Culminación de tal proceso fue “Ebrio de eternidad”, poemario desde todo punto insuperable. Considerada, en su conjunto, la obra poética del inefable “loco” está, sin lugar a dudas, en punto eminente de la producción poética ecuatoriana.

Todo esto, hasta cuando se metió al teatro: desde portero hasta primer actor, lo que no le impedía ser, así mismo, estricto vigilante de sus finanzas, escenarista, enamorado perpetuo de las primeras actrices y por supuesto, autor de sus propias

piezas. Así llegó a un número impresionante de dramas y comedias, como para considerarle el mayor autor teatral del país. Celebraba los estrenos de cada drama y de cada comedia. Y lo hacía en su casa, presumiendo de lingüista y recitando, con desenfado, a Shakespeare, en inglés y a Molière, en francés. Poesía y teatro no podían estar solos si Paco no intentaba la novela. Y en cualquiera de los géneros, el desenfreno se mezclaba con una indiscutible profundidad de pensamiento. Tendremos este año la ocasión de acordarnos de él, de su última vida, transcurrida en su casa, al borde de un estero, en Guayaquil, y de su primera y última muerte, en la “ciudad maldita”, como había decidido bautizar a Quito.

Carlos de la Torre Reyes, sobrino del Cardenal, había sido nombrado, por su tío, gentilhombre, con el consiguiente uniforme de los pajes cardenalicios, mantenido desde los tiempos del Renacimiento, y posaba orgulloso, ante fotografías y pintores, lo que causaba curiosidad al verlo aparecer, en esa extraña vestimenta, en las ceremonias públicas presididas por Su Eminencia, Carlos María. Tempranamente apareció su libro de poemas “Primavera”. Siguieron a este primer intento, los versos de “Ortonautilla”; y mucho más tarde, “Memoria del Agua”. “El Minotauro”. “Amor, cascada y nube”, “La danza de las máscaras”; “Triángulo del corazón: El Ilaló, el

amor y el desamor”. Además, publicó importantísimos libros de historia y biografías: “La Revolución de Quito”, “La Espada sin Mancha” y, consecuente con su preparación jurídica, el magnífico “Tratado sobre el Delito Político”. No se pueden dejar de lado sus ensayos sobre arte, reunidos en las “Tentaciones de San Antonio” y las “Crónicas y Nuevas Crónicas de Parsifal”. Por fin, Carlos entró también en la novela con “El Reino de los suelos” y “Los dioses se volvieron hombres”, parte de su “Olimpo criollo”, mordaz crítica del mundillo quiteño.

En la Universidad, se sumaron otros amigos, fundadores de la Católica: Jorge Salvador, Renán Flores, algo mayores y Ricardo Crespo, algo menor. Jorge Salvador, fue un estudioso incansable y en él se vislumbró, desde entonces, su afición por la historia, aunque algo de poesía consta en su libro “Voces del alma en fuga”. Su “Breve historia contemporánea del Ecuador”, publicada por el Fondo de Cultura Económica de México; fue galardonada con el premio “Mejía Lequerica”. Recibió además el premio Nacional “Eugenio Espejo”.

Igualmente ágil y constante fue la obra de Renán Flores. Habiéndose establecido, posteriormente, en tierras españolas, pudo allá editar una docena de libros que se ocupan de estudios históricos y filosóficos, de

amplio conocimiento del periodismo, de educación y cultura, y de memorias y recuerdos. Notables, entre ellos, “El otro rostro de América”, “La prensa en Hispanoamérica”, y el magnífico ensayo sobre Jorge Icaza. Además, sus cinco libros de relatos, y sus novelas “El sol vencido”, “Militaría” y “Obscuro oleaje de los días”: todos publicados por importantes casas de edición españolas. Colaborador de “ABC”, fue durante largo tiempo Secretario General Adjunto de la Oficina de Educación Iberoamericana. Lo vemos entre nosotros de vez en cuando y el resto, pasa por España, grata repartición de sus horas y proyectos.

Ricardo Crespo, entusiasmado con nuestra actividad, fue uno de los pilares de “Presencia” y escribió importantes artículos en varios números; pero luego se dio plenamente a su profesión jurídica y nunca ha salido de ella. Los citados artículos están redactados como bocetos de libros que, aunque no se publicaron, eran ya obras en ciernes, análisis completos y síntesis de lo que Lalo debió imprimir, única forma de perpetuar su pensamiento.

Guillermo Ríos, inició su poesía al mismo tiempo que la de todo este grupo de amigos y se ha mantenido en ella con quince títulos, dentro de los que el autor prefiere. “Raíz del alba” (1968), “Un eclipse total” (1979), y “La lira que grita” (2000).

Ingresó, desde sus comienzos, en el grupo Umbral, y fundó el grupo Caminos, del que ha sido un fiel colaborador. Así mismo, ha colaborado con el Ateneo Ecuatoriano.

Gonzalo Pesantes y Luis Felipe Borja se entusiasmaron por la poesía y su tendencia fue marcadamente romántica y cercana a la de los poetas de la “generación decapitada”. Gonzalo publicó, en 1952, su poemario “Palabras”, que le valió un premio, y posteriormente participó en algunos juegos florales: luego salió al exterior, con una misión de las Naciones Unidas, y pudo conocer Colombia, Perú y Bolivia. Desde entonces, nunca más editó otro libro, habiendo sido parte, sin embargo, del Grupo Umbral. Su simpatía por las letras pudo mantenerse gracias a la casa de edición de su propiedad y no insistió en una mayor producción, ¡En casa del herrero...!

Luis Felipe Borja Martínez, quien acompañó a nuestro grupo en el “Café Bohemio”, jamás editó, ni siquiera aquellos poemas que solía recitar. Permaneció apenas dos años en la Universidad Católica y se trasladó a Ambato: se entregó de lleno a la vida política, llegando a ser Vicealcalde de la ciudad, diputado y senador por Tungurahua, y una vez graduado, fundó y mantuvo la revista de Derecho “Repertorio” en la que incluyó algunos artículos sueltos sobre la materia de su profesión.

Ya, en Francia, en mi ausencia, crearon el “Café Bohemio” y luego, con un valor poco común, se dieron el lujo de editar “Presencia”, acaso una de las más importantes revistas aparecidas en el país, a pesar de sus escasos cinco números. La dirigieron Paco Paredes, Renán Flores y Ricardo Crespo. No incluyeron en “Presencia” únicamente colaboraciones de los iniciadores sino que contaron con escritores como Escudero. Carrera Andrade, Dávila Andrade, Aurelio Espinosa Pólit, Alfredo Pareja Diezcanseco, Jorge Fernández, Juan David García Bacca, y otros literatos de la más alta categoría: qué grata, emotiva y aleccionadora nos fue la voz del Fakir. César Dávila Andrade: su presencia crepuscular, inimitable acento, sus ideas y su filosofía de inspiración oriental y mágica. Constituyeron elementos permanentes en la excepcional poesía de César, quien pronto entabló una gratísima amistad con todo nuestro grupo. Diseñó las magníficas carátulas Manuel Tobar Zaldumbide.

Desde París, yo intervine, en forma ocasional, remitiéndoles colaboraciones que iba consiguiendo. Por ejemplo, textos de García Lorca que me fueron confiados por Claude Couffon, y publicados en “Presencia”, como primicias mundiales: así las reconocieron los editores de la Obra Completa del gran gitano, a pesar de que ya hubiesen aparecido en la revista “El Gallo”. Tal fue el

caso de “El Paseo de Buster Keaton”, “escrito para un escenario burlesco, para una película de corta duración, único texto de una serie que García Lorca proyectaba editar y que nunca pudo hacerlo”, según información de Couffon.

El Quito, cercano al medio siglo no fue, a pesar de su pequeñez, un lugar abandonado del mundo. La segunda Gran Guerra, acaso la más destructora y cruel, tuvo ventajas, para nuestro continente, gracias a Dios, en paz: y nos permitió beneficiarnos de la belicosidad europea: llegaron a América y también al Ecuador, en esos nefastos instantes, artistas, conferenciantes, maestros de la música, de categoría mundial: la guerra civil española nos trajo a Fernando de los Ríos, Salvador de Madariaga, Antonio Jaén Morente, Jiménez de Azúa, Juan David García Bacca. Y aquí estuvieron Andrés Segovia, Nicanor Zavaleta, ya insignes intérpretes de la guitarra y el arpa. Nuestros teatros se llenaron con los mejores espectáculos: Rubinstein, Cortot, entre los grandes pianistas, Hayffets Y los mejores violinistas. Y además, los más notables conjuntos de teatro y ballet: Louis Jouvet y Madeleine Ozeray; Jean Louis Barrault y la Comedia Francesa, dirigida por Robert Hirtsch; el gran teatro inglés de Shakespeare; el Ballet de Montecarlo, del Coronel de Basil, con lo más selecto de los bailarines europeos;

el Ballet de Nueva York con sus principales figuras; por dos veces la Filarmónica de Nueva York, dirigida por Bernstein y por Zubin Metha: las Sinfónicas de Viena, y de otras ciudades europeas; los Piccoli de Podrecca: las más célebres orquestas de cámara, y conjuntos espñoles con el mejor flamenco, como el de Carmen Amaya. Esta enumeración no intenta ser exhaustiva. Se llenaban el Teatro Sucre, el Teatro Bolívar, el Capitol. Alguna vez, Leonard Bernstein, recordando su paso por Quito, identificó sus dos presentaciones en esta ciudad con esta breve frase: “Quito, this enormous theater”, refiriéndose al Teatro Bolívar.

No formé parte de los 18 viajeros, la mayoría perteneciente a la Universidad Católica, embarcados rumbo a Europa. Cuando llegaron a Compostela, so pretexto de las fiestas del Año Santo de Santiago Apóstol, ya sus recuerdos se habían enriquecido de aventuras que, contadas sobre el uno por el otro, fueron todas dignas de una novela lamentablemente nunca escrita. No faltaron, según ellos, las conquistas amorosas de las viajeras del barco y los intentos de suicidio por el rechazo de alguna de ellas; celos suscitados por allí, y alguna consecuente puñalada que terminó apenas en susto: la pérdida de los regalos, llevados para el Apóstol, y extraviados en una noche de juerga: las dudosas insinuacio-

nes de alguna callejera, considerada conquista de amantes latinos, y todo esto, bajo el signo y pretexto de supuestas investigaciones sociológicas: y al final, ya en el retorno a la patria, la quiebra financiera, total y absoluta, justamente cuando el barco decidió, arbitrariamente, permanecer en Curazao, y dejó a sus pasajeros sumidos en la miseria, hasta cuando los padres de familia contrataron avión especial para recuperar a los hijos pródigos y hambrientos.

Me visitaron en París y entre entusiasmo y entusiasmo, no dejaron de conocer el Louvre y Notre Dame, el Lido y el Folies Bergère: subieron a la Torre Eiffel: y se gastaron hasta el último centavo, ganado gracias a la venta de los bonos de gasolina, cuando este carburante costaba como el oro, ¡Lástima! nos quedamos sin un relato repleto de humor y risa.

Y como les gustaba reír, en algún momento de poca seriedad, compusieron el cuento “Don Abel”, destinado a burlarse de sí mismos y de los demás. Tan original libro apareció anónimo, porque pensaron que su obra merecía guardar el anonimato, como la mejor presea para su comicidad. Todos conocíamos a los autores de esta obrita: Carlos de la Torre y Pacho Mera; este último, de temperamento vivaz, rápido y brillante: al fin y al cabo, nieto de Don Juan León, el autor de “Cumandá”.

¡Qué decir de lo que significó la fundación del diario “El Tiempo”, por Carlos de la Torre, en 1965!. Una vez más nos encontramos los compañeros de siempre para tentar el periodismo, en momentos en los que, como digo en algún comentario, se “requirieron valor y decisión, únicas armas contra los sistemas despóticos que habían asumido el poder: usaron, en el combate, editoriales serios y audazmente directos, así como un agudo humor en las columnas de “Los Picapietra”, denominación del más valiente espacio periodístico de los años afectados por dictaduras y gobiernos autoritarios”. Experiencia ésta que provocó un nuevo ensayo fraterno, cordial, unánime, en el que, felizmente, participaron muchos otros colaboradores, todos ellos jóvenes, hoy convertidos en la plana mayor del periodismo nacional.

¿Y qué pasó conmigo entre tantas vidas y tantas peripecias? Debo reconocer que fui mal estudiante y buen lector. La bolsa de estudios, gentilmente acordada por el Gobierno francés y más exactamente, por el gran amigo del Ecuador, el Embajador de Francia, Pierre Denis, me permitió ingresar a la Facultad de Derecho y a la Escuela de Ciencias Políticas, de la Capital francesa, aunque, a pesar de intensos estudios, no conseguí el diploma final. Pude, en cambio, interesarme, a fondo, por el mundo europeo, su literatura, sus artes, sus costumbres, y sobre todo,

tratar de aprender la lengua gala y familiarizarme con ella, leyendo y traduciendo textos difíciles de Saint John Perse, Valery, René Char, Mallarmé, André Frenaud, Alain Bosquet, Tuve, como guías de mis lecturas, a innumerables amigos: a Paúl Bar, el pintor maestro de Pedro León, Camilo Egas y Sergio Guarderas. Bar me ayudó a descubrir la vida y la obra de Alfredo Gangotena y a apasionarme por su poesía, labor facilitada por mi amistad entrañable con la familia del poeta; a Claude Couffon, ya entonces ocupado de la literatura latinoamericana: y a varios escritores jóvenes, entre 40 y 50 años: (los viejos no bajaban de los ochenta), que tuvieron la gentileza de admitirme en sus conversaciones, a pesar de ser yo, entonces, totalmente inédito. Mis investigaciones me permitieron, así mismo, ponerme en contacto personal y por correspondencia, con Jules Superville, Henri Michaux, Pierre Louis Flouquet, entre tantos de los amigos y admiradores de la obra francesa de Gangotena, lo que, en mucho, ayudó a traducirla. En esta labor participamos, mayoritariamente, Gonzalo Escudero y en menor proporción, yo mismo, culminando con la publicación de la ‘Poesía’ de Gangó, como le llamaban sus amigos franceses. Lo hicimos en los talleres de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, dirigida por Benjamín Carrión.

No dejé la costumbre, en esos años de ausencia, de escribir mis propias poesías: y cuando ya, a los 24 años, las sometí a la opinión de Jorge Carrera, con la intención de editar mi primer libro, este enorme poeta, en su estatura como en su calidad, me aconsejó esperar, lo que acaté; aún cuando me era penoso hacerlo, en tan avanzada edad, temeroso de quedar “para vestir santos”. Cómo agradezco su consejo y cuánto debí empeñarme en seguirlo y en buscar el momento preciso, seis años después, para lanzarme a la que luego sería tarea definitiva de mi vida.

Tuve la suerte, además, de haber trabajado, como simple secretario administrativo, en nuestra Misión en París, con Gonzalo Escudero, Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Zaldumbide, Raúl Andrade. Fernando Chávez, Hugo Moncayo, Lisímaco Guzmán, Gonzalo Abad, Jorge Díez, Gonzalo Almeida, Gonzalo Ponce, Darío Lara y otros admirables jefes y compañeros. Aprendí, pues, mucho de ellos. No podía contar con mejores maestros y amigos.

Luego vinieron los libros que, tras un lento proceso de elaboración, fueron completando mi obra personal. Me asusta no tener tiempo para terminarla y para lograr satisfacción por ella: y, en cada caso, me sigo considerando como un permanente “aprendiz de brujo”.

Mi ausencia del país duró ocho años, lapso de mi permanencia en Francia, y otros 18 años durante los que fui, de ciudad en ciudad, de país en país, en funciones diplomáticas. Pude conocer muchas gentes y tierras en muchos continentes. Rememorando esas ausencias, me doy cuenta de que perdí demasiados años, muchos más de los malgastados por el hijo pródigo, fuera del hogar de mis padres y fuera de la vida de nuestra ciudad, en donde dejé tantos familiares y amigos.

Soy, ahora, en principio, hombre respetable, casado y padre de familia. Han sido razón y base de mi vida, Elena, mi mujer, y mis hijos, María Elena y José Xavier: ellos supieron impedirme el demonio de la soledad y reemplazarlo con alegría, amor y ternura. Son parte de mis instantes y el todo de mis anhelos.

Estoy afinado, por fin, en esto que llaman la tercera edad: continúo siendo un soñador y relator de sueños: un optimista impenitente: un enamorado de la patria y el mundo. Soy, asimismo, desde hoy, por la generosidad de ustedes, un miembro del Grupo América, lo que me honra y me obliga. Gracias, en consecuencia, queridos colegas, por haber abierto este nuevo espacio a mis días y por acordarme una oportunidad para esta charla, llena de confianzas y recuerdos. Mi reconocimiento

a Alba Luz Mora y a Claudio Mena por sus gentiles palabras. Queda, en mí, hoy con más razón que nunca, la necesidad de entregarme, totalmente, a la vida: y de agotar, hasta el último instante, de la que ha sido, gracias a Dios, una existencia plena de buenos momentos, de buenos amigos, de buenos recuerdos.

He escrito esta crónica mucho antes; debo agradecer a quienes me recibieron en la Academia Ecuatoriana de la Lengua, de la que fui algún tiempo, Secretario. Mi vocación poética duró permanentemente, y no constan en esta memoria de mi vida. Con excesiva bondad se me otorgó el Premio Nacional “Eugenio Espejo”; y en lo que toca a la producción poética, siguió por muchos años, hasta que la Casa de la Cultura Ecuatoriana publicó, en su Colección “Poesía Junta”, mi obra completa. Allí aparecen “Agráz”, “Relente”, “Umiña”, “Signos” y “Signos II”; “La Uña de Dios”, “El cuerpo desnudo de la tierra”, “Los niños sordos”, “Oficios del Río”, “Ciudad en Vilo”, “Voces, Ecos y Silencios” y “Los Testimonios”, y cómo última producción, el cuento “Desraza de mi raza”, epílogo homenaje a César Dávila Andrade; texto que hacía referencia al poema “Boletín y elegía de las Mitas”.

Esta colección de mi poesía total, la debo a la iniciativa del Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

toriana, Marco Antonio Rodríguez, quien llevó su largueza a permitir que, en esta importante colección, se incluyeran ilustraciones de Oswaldo Viteri, Pilar Bustos, Galo Galecio, y Oswaldo Muñoz Mariño.

Pude asimismo ensayar una novela, “Sobre Sismos y Otros Miedos”, además, participé en la coordinación de “Arte Ecuatoriano”, en dos volúmenes publicados, con el auspicio de la Corporación Financiera Nacional; “El Palacio de Carondelet” auspiciado por la Presidencia de la República.

Antes de terminar con estas observaciones sobre el Patrimonio Cultural, quisiera incluir, como deseo final, un aspecto que me parece fundamental en los países sudamericanos, y particularmente en los andinos. Sabemos que el imperio incásico se extendió hasta el norte de Argentina y Chile, gran parte de

los actuales territorios de Bolivia, Perú y Ecuador y terminó al Sur de Colombia. Ya he escuchado importantes criterios sobre la necesidad de preocuparnos por el “Camino de los Incas” en el que intervienen paisajes, ciudades y pueblos, innumerables comunidades indígenas, que devolverían a este proyecto los aspectos ecológicos, paisajistas y demográficos, por cierto con extremadamente interesantes elementos, y que, a fin de cuentas, favorecerían el turismo de los países andinos y concentrarían la atención de nuestros visitantes en cada uno de los espacios a los que acabo de referirme.

En fin, en este aspecto de posible cooperación ecuatoriano –peruana, tendrán que intervenir, en el futuro, estudios similares respecto al patrimonio precolombino que nos es común y por supuesto, a las etapas independentista y republicana.